

tigación concerniente a la anatomía y a la fisiología de la relación sexual.

CONCLUSION:

¿LA SUBLIMACION
«DESDE EL ORIGEN»?

Para poner un término, totalmente provisional, a mi itinerario de este año, a la investigación de esta problemática «sublimación», quisiera marcar con una flecha lo que podría constituir la vía para hacer avanzar esta cuestión. Indiqué que encontraba ciertamente sugestiva la indicación de Freud de poner la sublimación en relación con el apuntalamiento, pero, por otra parte, insuficiente la idea de que esta relación fuera sencilla, es decir que la sublimación sólo fuera el apuntalamiento en sentido inverso, el retorno de lo sexual a lo no sexual. Vemos ahora en qué resulta insuficiente ese esquema: es que no toma en cuenta el elemento «represión». En efecto, la sublimación es para una parte de la pulsión un destino que le permite escapar de la represión. Pero es correlativa pese a todo de una represión, y en particular de una represión concerniente a un cierto tipo de objeto, el objeto propiamente sexual.

Si conservamos la idea de que la sublimación está muy cerca del apuntalamiento, conviene sin duda dar un destino particular a esa breve frase: «desde el origen». La sublimación no sería un repliegue, un segundo repliegue por relación al primer tiempo del nacimiento de lo sexual: apuntalamiento y sublimación, en cierto modo, irían más bien a la par. «Desde el origen» hay una especie de acoplamiento cuando una sublimación debe producirse. Las sublimaciones verdaderas son «precoces», Freud lo deja entender claramente a raíz de esa sublimación particularmente sólida que es la intelectualidad de Leonardo. Creo que habría que intentar concebir la sublimación produciéndose en el momento mismo en que aparece la excitación sexual, en el tiempo de la pulsión parcial sexual. Pero ese término «precoces» implica una significación temporal, cronológica, que corre el riesgo de imponer la idea de que sólo habría sublimaciones en los primeros años de la vida. ¿No existirían posibilidades, aun cuando fueran escasas, para una sublimación «tardía»? Y en particular, ¿hay que abandonar la idea de una sublimación que se produjera durante la cura analítica? Si sustituyo la calificación de «precoz» por la de «originaria», es para dar a entender que lo originario no es privativo de los años de origen. Hay que admitir entonces la idea de que la pulsión sexual no está dada de una vez para siempre, sino que, tomando al pie de la letra la teoría de Freud, en efecto existe la capacidad en el ser humano (por supuesto, esencialmente,

pero no únicamente, en el niño) de crear sin cesar, cerca del origen, lo sexual a partir de toda suerte de conmociones exteriores, a partir de lo nuevo, de lo cual el traumatismo no representa sino el paradigma más dramático.

Aquí se inscribe una cuestión que sólo evocaré provisionalmente y de la cual —para el caso de Leonardo— ustedes encontrarán también elementos en Eissler: se trata de la cuestión de saber, cuasi «cuantitativamente», si la actividad sublimada, en la vida de un individuo, es competidora de la actividad directamente sexual, o si por el contrario ambas podrían ser consideradas paralelas. Si se admite por una parte que la pulsión sexual está dada tal cual desde el origen, como una cantidad idéntica de libido,¹¹⁰ y se admite por otra parte que la sublimación es una manera de derivar una parte de esa sexualidad, parecería evidente que deberíamos encontrar en el «creador» y, de manera general, en todo aquel que se dedique a una actividad sublimada, una disminución de la actividad sexual. Pero tanto Eissler como otros autores nos muestran cuánto más complejo es todo esto: a veces, en efecto, la sublimación se opone a la sexualidad, pero ocurre también en otros casos que ambas se complementan, lo que vendría a confirmar aquello que intenté sugerir hoy, a saber, que la sublimación puede estar ligada a una suerte de *neogénesis de la sexualidad*.

Algunas palabras acerca del otro dominio de actividad de Leonardo, la pintura. Hemos visto la paradoja, en la teoría de Freud, quien no sabe bien dónde situarla; unas veces la considera como directamente pulsional (el *Lebenslust*, el placer de vivir), por oposición a lo sublimado, que es la investigación teórica; otras veces, por lo contrario, la opone como una sublimación a otra sublimación. Es este segundo punto de vista el que prevalece en definitiva al final del texto, donde la sublimación pictórica es considerada como más tardía, como una segunda oleada, surgida esencialmente en la pubertad, ligada al desarrollo genital, ligada mucho más directamente incluso a la homosexualidad, pero en última instancia de origen oscuro: «Desde una mocedad que nos resulta oscura, Leonardo emerge ante nosotros como artista, pintor y creador plástico, merced a unas dotes especiales, acaso reforzadas por el temprano despertar de la pulsión de ver en la primera infancia. Desearíamos indicar la manera en que el quehacer artístico se reconduce a las pulsiones anímicas primordiales, pero nuestros medios fa-

¹¹⁰ Excepción hecha de las modificaciones en relación con las edades fisiológicas.

LAPLANCHE "LA SUBLIMACION" (114-117)

llan justo aquí». ¹¹¹ Ustedes ven que Freud, más claramente que en el caso de la pulsión de investigación, vacila en asignar fuentes pulsionales a la actividad «representativa» por excelencia (y que yo diría quizá, por mi parte, sexual por excelencia), la creación artística o literaria tal como ella aparece en Leonardo; incluso si, después de todo, también en este caso fueran asignables fuentes parciales, tanto en la pulsión de ver como en la analidad (porque no es difícil jalonar los componentes anales en la vida de Leonardo). La diferencia, incluso la oposición, entre la intelectualidad y la creación artística sigue siendo una de las comprobaciones de base de *Leonardo*, comprobación para la cual, sin duda, Freud prefiere no proponer una solución demasiado apresurada ni, sobre todo, demasiado global. ¹¹²

Dejo hoy con este curso —este recorrido— muchas cuestiones y muchos dominios inexplorados. Creación y perversión, por ejemplo, puesto que (Freud ha insistido mucho en ello) lo que es esencialmente sublimado son las tendencias perversas polimorfas que trabajan cada una por su cuenta, las tendencias llamadas pregenitales, y no la sexualidad genital. Pero hay un segundo aspecto (y es esta tal vez la paradoja misma de la perversión, entendida ora en el sentido de la perversión infantil polimorfa, ora tomada en el sentido de una verdadera elaboración a prueba del complejo de Edipo y del complejo de castración, en las perversiones adultas): Freud no deja de señalar la conexión entre ciertas actividades sublimadas y la perversión, tomada en el sentido de sus estructuras psicopatológicas diferenciadas. Leonardo y la homosexualidad; esto es evidentemente —hemos tenido ocasión de apuntarlo a raíz del cuadro de «Santa Ana»— algo transportado casi directamente a su pintura. Y es curioso que sea el término de renegación [*déni, désaveu*] ¹¹³ (que es el término clave para Freud en su teoría de las

¹¹¹ S. Freud, *Un recuerdo infantil...*, op. cit., pág. 128.

¹¹² Al informe provisional de esta cuestión agregamos un pasaje de «La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna»: «Un artista abstinentemente difícilmente sea posible; en cambio, no es raro un joven erudito abstinentemente. Este último acaso gane, por la continencia, fuerzas libres para sus estudios; en el caso del primero, es probable que su rendimiento artístico sea poderosamente incitado por su vivencia sexual. En general, no he recogido la impresión de que la abstinencia sexual ayude a formar varones de acción autónoma o pensadores originales, osados, libertadores y reformadores [...]», en *OC*, 9, 1979, pág. 176.

¹¹³ [Encontramos en las traducciones de Freud al francés, y en el uso del concepto *Verleugnung* en esa lengua, el mismo problema que se nos ha planteado en castellano. El vocablo escogido por Ludovico Rosenthal fue «renega-

perversiones) el empleado precisamente a propósito de la pintura de Leonardo. Tercer aspecto, por último, en este rápido inventario de las relaciones entre sublimación y perversión; la sublimación, si admitimos la hipótesis de que acompaña desde el origen el nacimiento de la pulsión sexual, nos aparecería ligada al movimiento mismo de seducción que caracteriza a la neogénesis de la sexualidad, es decir a aquello que nos vemos obligados a llamar una desviación de la autoconservación.

Acaso otra cuestión, que ha quedado en suspenso, no está tan alejada de la precedente como parecería: la cuestión del objeto y la del yo, que se pueden reunir bajo el título provisional de lo que se llama la «síntesis». Aquí tenemos un punto de referencia muy claro en una continuadora de Freud, Melanie Klein, que puso el acento, para la sublimación, en este aspecto de totalidad. Toda sublimación, pretende, es reparación, ligada a la fase depresiva, del peligro de ver el objeto y el sujeto despedazarse, destruirse. Todo amor, toda relación de objeto verdadera es reparación, creación del objeto como una totalidad, garante de la totalidad del yo. He aquí un punto de vista esencial también para la sublimación. En nuestro diédro: en el plano de la derecha no sólo hay procesos primarios; hay también intentos más o menos defectuosos, más o menos realizados, de síntesis, está el yo, está lo que se llama la síntesis o el primado genital. Y bien, si se habla de primado genital como manera de coordinar las pulsiones parciales en esta especie de unidad que es la relación sexual adulta, ¿no se podría decir también, de la actividad sublimada, que ella es una suerte de sustituto del primado genital, una manera de coordinar las actividades pregenitales bajo una especie de primado, el de una obra, de un trabajo, de un resultado por alcanzar, pero una síntesis que, a diferencia de la síntesis genital, se produciría tal vez bajo el signo de la represión o de la renegación, precisa-

ción»; en la versión de Amorrortu editores se empleó «desmentida», elección esta que se procura fundamentar en el volumen que acompaña a las *OC* de Freud, *Sobre la versión castellana*, pág. 78. En francés, Marie Bonaparte realizó la primera traducción de este concepto como *désaveu* (*supra*, pág. 94, n. 85); Jean Laplanche, por su parte, ha decidido por *déni*, y así lo explicita en el *Diccionario de psicoanálisis*, en el artículo «Renegación (-de la realidad)»; si bien da razón de su elección haciendo referencia a los matices diferenciales que ofrece el vocablo *déni* por relación al de *dénégation* (de-negación, en castellano), no podemos dejar de señalar que implícitamente aparece la diferencia con *désaveu*, dado que este último pone el acento en la desautorización lingüística de un enunciado, mientras que *déni* no recae sólo sobre una afirmación que se discute. Algo sobre un derecho o bien que se rehúsa, y, en última instancia, se debe (*N. de la T.*)]